



PASATIEMPO V.
TERTULIA
DE LA ALDEA,

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-
ciosos, para entretenerse las noches del
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR
DON HILARIO SANTOS ALONSO,
residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1768.



PASATIEMPO N.
 TERTULIA
 DE LA ALDEA.

MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS
 notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-
 ciosos, para entretenerse las noches del
 invierno, y del Verano.

SU AUTOR
 DON HILARIO SANTOS ALONSO,
 residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la imprenta de D. Manuel Martín, calle de la
 Cruz, donde se hallan esta, y otras diferentes. Año 1768.

PASATIEMPO V.

MUcho se havian aficionado los Tertulios á sus Pasatiempos nocturnos, de manera, que se hallaban mas puntuales á la diversion de las noches, que en sus casas á la hora del mediodia. Y como la cosa iba tomando nombre, concurrían tambien otros muchos, y entre ellos llegaron asimismo á aficionarse, por lo que havian oido, el señor Cura del Lugar, el Medico, y el Barbero. Asistieron estos la primera noche, y quedaron tan pagados de los Sucesos, Aventuras, y Chistes, que desde luego se constituyeron Tertulios, y Cofrades de aquella Junta, prometiendo, á traer su cacho de cuento, suceso, ó aventura á la Asambléa como uno de tantos. Yá estaban todos congregados, y acomodados en la cocina de Anton Terrores, quando el señor Hidalgo Benavides, se prometió, y ofreció aquella noche á referir uno de los sucesos mas peregrinos que se hallan en las Historias, que fue el siguiente.

Fue contemporaneo del Emperador de Constantinopla, Andronico Comneno, dice el Historiador Nicetas Choniates, y refiere éste, como el sobredicho Andronico era primo hermano del Emperador Manuel Comneno, que entonces por los años de mil ciento y cinquenta regía el Imperio Oriental. Era por estos tiempos Andronico Gobernador de Belgrado, y Banizobra: y no obstante, que estaba yá casado, y con hijos, andaba muy divertido con otras hermosuras, en especial fue Eudoxia, sobrina del Emperador, y sobrina tambien suya, la que en lazos de sube-lléa le tenia preso. Sentia mucho el Emperador esta demasia, y dió parte á los hermanos de Eudoxia, para que lo re-

A 2.

me-



mediasen. Ellos, sentidos, intentaron matarle, armando-
le asechanzas para cogerle con ella. Cercaronle una no-
che la casa, y él, animoso, y valiente, saltando de un te-
jado á otro, huyó del riesgo. Marchóse á los Hunos, y
llegó el Emperador á entender como se queria rebelar:
mas llamóle con cautela á Pelagonia, y al entrar en Palacio,
le mandó prender, y ponerle en una torre.

A pocos dias de estar en ella, la viveza de su ingenio
le hizo inquirir, y hallar un albañal secreto, y rompien-
do con la mano los ladrillos, vino á ensancharle de modo,
que bastase para poder salir á su tiempo. Disimuló, pues,
la rotura con ardiz, y traza, porque los que entraban á
darle de comer no pudiesen verla. Salióse un dia, y se es-
tuvo oculto en la caba de la torre. Quando fueron las
Guardas á darle de comer, y no le hallaron, y mirando,
que la torre estaba sana, y cerradas las puertas, quedaron
pasmados, y confusos. Dieron cuenta á la Emperatriz por
estar ausente el Emperador, y mandó á toda diligencia to-
mar todas las puertas de la Ciudad, y que en los Puertos
de mar se tuviese cuidado. Fue grande el alboroto que
causó en Constantinopla la novedad, y por indicios pusie-
ron presa en la misma torre á la muger de Andronico: la
qual, quando se imaginó sola, se halló con su marido á
su lado, pues á horas desusadas bolvia à entrarse por el al-
bañal, y se consolaban, y comunicaban los dos consortes
sus cosas, hasta que pasados algunos dias, quando yá el
caso no metia tanto ruido, con ayuda que tenia prevenida,
se fue huyendo hasta Melangia.

Llegóse, en fin, á saber de su fuga, y se le fue siguien-
do por el rastro, que encontrado, le bolvieron á traer
preso á Constantinopla, y ponerle en prision mas estrecha.
Pero no por eso dejó de maquinar trazas como escaparse,
aunque le tenían con prision tan fuerte, y con grillos; por-
que

5

que un dia le dijo á un Page que le asistia , le trajese un poco de cera , y que al descuido con cuidado imprimiese en ella las llaves de la carcel , y hecho esto , se la llevase á su hijo Manuel para que hiciese hacer otras conforme aquella muestra. Esto prevenido , mandó , que en los frascos donde le traían la bebida le metiesen unos cordeles fuertes , y no muy abultados. Hizose tambien esta diligencia ; y una noche á hora competente abrió el hijo el aposento , y él , con ayuda del criado , se salió á unos trascorrales , parte oculta del Palacio , y en unos yervazales se estuvo por tres dias escondido , dejando , que desfogase la furia de su busca. Pasado este tiempo , y habiendo hecho prevenir un esqui- fe en la marina , salió una noche , y por la parte mas acomodada , y secreta , atando los cordeles , se descolgó por el muro. Apenas hubo pasado los arrabales de la Ciudad , dió en manos de algunos que le buscaban ; pero valiéndose él del rebozo de la noche , y fingiendose enfermo , como tambien hablando lengua estraña , pudo evadirse de ellos , sin que le conociesen.

Luego que se vió libre huyó hasta Galacia , donde algunos , por ganar gracias con el Emperador , le descubrieron. Prendieronle , y trajeronle al Emperador : mas valióse de su industria en el camino , y dejó burlados á los que le traían ; pues una noche , apartandose de ellos , como que se retiraba á hacer una necesidad , puso el baston clavado en el suelo , cubrióle con la capa , y encima el sombrero , de manera , que disimulaba lo bastante para engañarlos. Echó con suma presteza á correr , y metióse en un bosque muy espeso , donde se libertó , y se bolvió á Galacia. Los Guardas , despues de haver esperado mucho tiempo , y admirados de la tardanza , fueronse acercando poco á poco , y dando con el bulto , y la tramoya , hallaronse burlados. Hicieron muchas diligencias en buscarle , pero fueron todas en valde.

Lle-

Llegado Andronico á la Ciudad de Galacia , fue muy bien recibido , y cortejado del Gobernador que alli estaba. Dióle el Barbaro ayuda de costa para pasar á los Scitas, con los quales trató Andronico amistad , pidiendoles sus favores para despicar su enojo en las tierras del Imperio. Atrajo á sí muchas gentes , con que en breve juntó gran Caballería. Temióle el Emperador, y enviandole perdon, y seguridad muy firme , le mandó bolver á su gracia. Obedeció Andronico, y bolviendose á Constantinopla, fue muy bien recibido, y el Emperador le dió el Gobierno de Cilicia con los tributos, y rentas de la Isla de Chipre. Dióse alli á nuevos galantéos en la Ciudad de Antiochia con una cuñada del Emperador, llamada Philipa. Puso éste los medios para apartarle de tan malos tratos, y envió á prenderle, el qual, haviendolo sabido, se huyó á Jerusalén, donde encontró buena acogida de la Reyna Theodora, viuda de Balduino, pero moza, y de buen parecer, con quien tambien trabó amores, enmedio de ser deudos muy cercanos. Y perseguidos del Emperador, se huyeron los dos á mas remotas Provincias. Anduvieron de Reyno en Reyno, vagueando mucho tiempo, siendo de todos honrados, y socorridos. Llegaron al Soldan de Caldéa, quien los recogió muy bien, y los tuvo en su Corte, hasta que aplacado el Emperador, y hechos tratos de seguro, se volvieron á Constantinopla. Presentóse con una humildad notable al Emperador, arrojandose á sus pies bañado en lagrimas, y pidiendo perdon de sus excesos. Enternecióse tambien la Magestad, y envióle á vivir á la Ciudad de Eneo, y que alli se le diese todo lo necesario de sus rentas.

Aquí vivió Andronico algunos años mas sosegado en sus travesuras, hasta que muerto el Emperador Manuel, y reynando su hijo Alexio, de doce años de edad, se le levantó el espíritude pretender la Corona. Juntó gente, y fuese acer-

can-

cando á Constantinopla, donde halló mucho calor en los Principales, que estaban mal contentos con el Gobierno, que le tenia la madre de Alexio, y su tutor Alexio Comneno, primo hermano del difunto Emperador, quien tambien tenia malos tratos con la Reyna Gobernadora. Aqui empezaron sus grandes maldades. Entró en la Ciudad Andronico, y lo primero que hizo fuese á visitar el Sepulcro del Emperador Manuel, y como havia sido tan perseguido de él, muchos presumieron queria hacerle algunos desacatos: mas se convirtió en una accion heroyca; pues abrazandose con el marmol frio, comenzó, bañado en lagrimas, á hacer muchas lastimas, y sentimientos. Mas todo esto fue fingimiento para hacer mejor la suya. Luego se hizo dueño del niño Emperador, á quien besó los pies, y con muchas lisonjas se hizo coadjutor en la Corona.

Recibió las insignias Imperiales de mano del Patriarca, jurando al tiempo de comulgar, que solo le movia el llamarse Emperador el conservarle el Imperio á su sobrino. Fue un perjuro; pues apenas se vió con la potestad, quando mandó á tres de sus llegados, que una noche quitasen la vida al inocente Alexio, y echandole al cuello un lazo, le ahogaron alevosos. Yá cadaver, y aun caliente, le ultrajó Andronico con obras, y palabras, dandole de puntillazos; y cortada la cabeza, le hizo arrojar en el mar. A la Emperatriz, madre del niño, la havia hecho matar primero, y aun le hizo al hijo firmase la sentencia. Ni le apiadó la hermosura, ni el ser hermana de su amiga Philipa. A Maria, tambien hermana de Alexio, Reyna de Thesalia, y la que mas instó por su venida á Constantinopla, la hizo dar ponzoña, y á su marido lo mismo. Todos aquellos Nobles que podian tener mano en contrastarle el laurel, quando mas seguros, se hallaban sin ojos, ó las vidas. El mayor amigo no estaba asegurado, antes hacerle á uno buena ca-

cara, eran visperas de muerte. La carnecería que hizo en dos años que tuvo el Imperio, fue notable, haciendose odioso á todo genero de gentes: y como la tyranía, y mas acompañada de la crueldad, no puede ser durable, acarreó-le su fin por un modo extraordinario.

Como por consulta de un hechicero huviese sabido, que havia de derribarle del Imperio aquel, cuyo nombre comenzase con la letra I. un privado suyo, llamado Estevan Christoforista, en son de serle leal, y complacerle, quiso prender á Isaacio Angelo, hombre de prendas, que havia sido Gobernador en Bithinia, y que le trajo despues su suerte á ser Emperador diez años. No se recelo jamás Andronico de éste, por conocerle de mansa condicion; pues de quien tenia sospecha, era de cierto Isauro, que se havia levantado con Cipro. Con todo, su privado Estefano quiso hacer aun lo que no le mandaban; mas á bien, que el juicio iba acertado. Acompañado, pues, de gran tropa de Ministros, entró Estefano en casa de Isaacio Angelo, y mandó á los Alguaciles, que le asiesen para llevarle preso. Dióse Angelo por muerto; y como á quien yá la necesidad se hace virtud, y dán brios, saltó en un caballo, que su ardid le puso á punto, y en cuerpo, y con la espada desnuda, arremetió para Estefano, y á la primera cuchillada le tendió muerto á sus pies. Cerró luego con los Alguaciles, hasta verse libre, dejando á muchos heridos.

De la forma que estaba huyó á la Iglesia Mayor, publicando el hecho, siguiendole desapoderados los que instados del alboroto, y ruido, iban á ver el suceso. Era Isaacio buen Caballero, bien quisto, y muy amado de todos, así Ciudadanos, como Nobles; y no sé qué divino influjo se apoderó de ellos, que comenzaron á proclamar libertad contra el Tyrano, y á decir: *Viva Isaacio Emperador*. En fin, contra su voluntad le coronaron en la misma Iglesia, ba-

bajando un Sacristan de lo alto del Altar Mayor la Corona del Gran Constantino. Pusose á su lado el Patriarca Basilio Comatero, y abreviada la Ciudad en la Iglesia Grande, se pusieron en arma contra el Emperador Andronico, y los de su valía, que le quedaron pocos. Havian abierto las carceles los de la parte de Isaacio, y puestos en libertad presos infinitos que tenia la crueldad de Andronico cerrados. Estos, pues, que yá los mas tenian tragada la muerte, y todos sus deudos, se mostraban mas valientes contra el Tyrano. Todas las calles de Constantinopla eran marcial palestra; la Iglesia Mayor era el Real de Isaacio; los Palacios Imperiales eran las trincheras de Andronico: el qual, viendose con poca gente, temió llegar á las manos; y así, despechado, y triste, desciniéndose el laurel, y desnudándose la purpura, salióse del Palacio por una puerta secreta, llevando consigo á su muger Ana, niña de hasta doce años, hermana de Philipo Augusto, Rey de Francia, desposada primero con el niño Emperador Alexio, y al cabo tan mal lograda muger del tyrano Andronico, fugitiva, y pobre.

Hizose á la vela en un navio con su muger, y los pocos criados que quisieron seguirle, y huyóse á tierras extrañas, no asegurandose en ninguna Provincia del Imperio. Viendose yá Isaacio coronado Emperador, y á gusto de todos, se fue al Palacio Imperial, el qual le dió á saco. Tomada la posesion, despachó Isaacio gran trozo de Soldados en seguimiento de Andronico para que le prendiesen. Alcanzaronle en Cheles, Lugar del Ponto, y echandole grillos, y cadenas como al hombre mas vil, y facineroso, marcharon con él al nuevo Emperador. Mucho sintió Andronico el ultraje, y aunque les afeó á los Ministros su poca atencion, y les puso por delante sus altas prendas, no bastó nada para dejar de maltratarle ruinmente, y con desprecio. Una Imagen del Apostol San Pablo, de quien era

B

muy

muy devoto, que la tenia colocada encima del sepulcro; donde havia de sepultarse, fue vista de muchos llorar enternecidas lagrimas formales poco antes de su caída; y como se lo dijese, dicen, que dijo lastimado: Que pues su amigo San Pablo lloraba, sin duda se le acercaba algun fracaso. Fue tan triste el que le sobrevino, que provocará á dolor al menos compasivo que lo escuche.

Llegado que fue á Constantinopla tan cargado de hierros, y de ultrajes, mandó el Emperador ponerle en parte donde todos se señoreasen de él, y le hiciesen injurias, y malos tratamientos. Barbara crueldad, por mas que la tuviese merecida! Notable sufrimiento de un animo constante! Todos los que querian, de alta, ó baja esfera, y hasta mugeres ofendidas, le ponian las manos en la cara, le tiraban los cabellos, le apuñeteaban el rostro, y le llenaban de oprobrios. Cortaronle alli la mano derecha, y metieronle en la carcel sin curarle la herida, ni llevarle sustento. Pasados algunos dias le sacaron un ojo, sin ser piedad no sacarle ambos, antes sí, porque fuese viendo sus afrentas. Pusieronle sobre un camello flaco, y sarnoso, y asi le llevaron á la verguenza por las calles principales de Constantinopla, ejecutando en él muchisimas crueldades todos aquellos que estaban ofendidos. Tirabanle á la cara cieno, y otras inmundicias: dabanle en la cabeza muchos palos: punzabanle los hijares con chuzos, y asadores, acompañados estos malos tratamientos con mil injurias de lengua.

Portóse tan sufrido, tan callado, y tan constante el infeliz Emperador, que no despegó sus labios á tanta afrenta, y martyrio. Solo compungido, imploraba la Divina Clemencia, diciendo á cada paso: *Señor, apiadaos de mí.* Llegados á la plaza adonde estaba el teatro, colgaronle de los pies en dos columnas, y la cabeza abajo; y desnudándole una pobre jaquetilla de que iba mal vestido, y quedando

dando en carnes, le hicieron otras afrentas; y por ultimo, dos de los mas osados le hicieron á cuchilladas espectáculo sangriento, hasta rendir la vida. Este fue el desgraciado fin de Andronico Emperador del Oriente.

Compungió mucho este trágico suceso á los Congregados; y viéndolos tan conmovidos, y tiernos, uno de los nuevos Tertulios, que fue el Medico, se prometió á proseguir la Historia de Don Quijote desde donde havia quedado la noche antes; pues era uno de los que en el Lugar era mas aficionado á esta extravagante letura: y asi, todos se pusieron atentos á escucharle.

Estuvo Sancho Panza con el Ventero para que le diese los simples que recetó su amo para el balsamo salutífero: dióselos, y fuese con ellos á su Don Quijote, que mezclandolos todos, y cociendolos en una olla, los dispuso, hasta que le pareció estar yá en su punto. Pidió una redoma para echarlos, mas como no la havia, le dió el Ventero una alcuza, ó aceytera, que la llenó. Dijo despues sobre la alcuza mas de ochenta Pater noster, y otras tantas Ave Marias, Salves, y Credos; y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el Ventero, y el Quadrillero. Hecho esto, quiso él mismo hacer la experiencia de la virtud de aquel precioso balsamo que él se imaginaba; y asi, se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza casi media azumbre: y apenas lo acabó de beber, quando comenzó á vomitar, de manera, que no le quedó cosa en el estomago; y con las ansias, y agitacion del vomito, le dió un sudor copiosísimo, por lo qual mandó, que le arropasen, y le dejasen solo. Dormió mas de tres horas, y al cabo de las quales despertó, y se sintió aliviadisimo del cuerpo, y sano, creyendo verdaderamente, que havia acertado con el balsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer des-

de alli adelante, sin temor alguno qualesquiera ruinas, batallas, y pendencias por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que tambien tuvo à milagro la mejoría de su amo, le rogó, que le diese lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote: y él tomando á dos manos con buena fé, y mejor talante, se la echó á pechos. El estomago de Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y asi, primero que vomitase le dieron tantas ansias, y bascas, con tantos trasudores, y desmayos, que él pensó bien, que era llegada su ultima hora; y viendose tan aflijido, y congojado, maldecia el balsamo, y al ladron que se lo havia dado. Viendolo asi Don Quijote, le dijo: Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado Caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia Vm. replicó Sancho, mal haya yo, y toda mi parentela, para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el breuage, y comenzó el pobre Escudero á desaguarse por entrambas canales, con tanta prisa, que todo lo puso perdido. Sudaba, y trasudaba con tales parasismos, y accidentes, que no solamente él, sino todos, pensaron, que se le acababa la vida. Duróle casi dos horas, y al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido, y quebrantado, que no se podia tener.

Pero D. Quijote, que se sintió aliviado, y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciendole, que todo el tiempo que alli se retardaba era quitarsele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor, y amparo, y mas con la seguridad, y confianza que llevaba en su balsamo: y asi esforzado de este deseo, él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su Escudero, á quien tambien ayudó á vestir, y subir en el asno. Pusose luego á caballo; y llegandose á un rincon de la Venta, asió de

un

un lanzon que alli estaba. Estabanle mirando todos quantos havia en la Venta, que pasaban de mas de veinte personas: mirabale tambien la hija del Ventero, y él tambien no quitaba los ojos de ella, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia lo arrancaba de lo intimo de sus entrañas; y todos pensaban, que debia de ser del dolor que sentia en las costillas: á lo menos pensabanlo aquellos que la noche antes le havian visto vizmar.

Yá que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la Venta, llamó al Ventero, y con voz muy reposada, y grave, le dijo: Muchas, y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en vuestro Castillo he recibido, y quedo obligadisimo á agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun sobervio que os haya fecho algun agravio, sabed, que mi oficio no es otro, sino valer á los que poco puedan, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Record vuestra memoria, y si hallais alguna cosa de este jaéz, que encomendarme, no hay sino decirla, que yo os prometo por la Orden de Caballero que recibí, de faceros satisfecho, y pagado á toda vuestra voluntad. El Ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor Caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengaue ningun agravio, porque yo sé tomar las venganzas que me parecen quando se me hacen: Solo he menester, que Vm. me pague el gasto que esta noche ha hecho en la Venta, asi de la paja, y cebada de sus béstias, como de la cena, y camas. Luego Venta es esta? replicó Don Quijote. Y muy honrada, respondió el Ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respondió Don Quijote, que en verdad, que pensé, que era Castillo, y no malo.

Pero, pues, es asi, que no es Castillo, sino Venta, lo que se puede hacer por ahora, es, que perdoneis por la

pa-

paga, que yo no puedo contravenir á la Orden de los Caballeros Andantes, de los quales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada, ni otra cosa en Venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero, y de derecho qualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche, y de día, en Invierno, y en Verano, á pie, y á caballo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sujetos á todas las inclemencias del Cielo, y á todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que ver con eso, respondió el Ventero: paguese-me lo que se me debe, y dejemonos de cuentos, ni de Caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio, y mal hostelero, respondió Don Quijote; y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la Venta, sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su Escudero, se alejó un buen rato.

El Ventero, que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el qual dijo, que pues su amo no havia querido pagar, que tampoco él pagaría; porque siendo él Escudero de Caballero Andante, la misma razon, y regla corria por él como por su señor, en no pagar cosa alguna en los Mesones, y Ventas. Amoínóse con él el Ventero, echandole retos, que pagase, si no queria, que lo cobrase de modo que le pesase: pero Sancho permanecia en sus trece. Quiso su mala suerte, que entre la gente que estaba en la Venta, havia muchos chungones, alegres, y juguetones, y llegando á Sancho, le desmontaron de su asno: sacaronle al corral, y con una manta le comenzaron á mantear, y levantar en alto, como perro en Carnestolendas. Daba Sancho muchas voces, de manera, que llegaron á los oídos de D. Quijote, quien creyó, que alguna nueva aven-

aventura le acontecia á su Escudero ; y así , bolviendo á galope , llegó á la Venta : vióla cerrada : rodeó por ver si hallaba por donde entrar. Pero no hubo llegado á las paredes del corral , (que no eran muy altas) quando vió el mal juego que se le hacia á su Escudero. Vióle bajar , y subir por el ayre con tanta gracia , y presteza , que si la colera le dejára , tengo para mí que se reiría.

Probó , no obstante , Don Quijote á subir por las bardas ; pero estaba tan molido , y quebrantado , que aun apearse no pudo ; y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos , y baldones á los que á Sancho manteaban , que no es posible acertar á escribirlos : mas no por esto cesaban los manteadores de boltar á Sancho , y dar risotadas , hasta que de puro cansados le dejaron. Subieronle en su asno , y la compasiva de Maritormes , viéndole tan fatigado , le socorrió con un buen jarro de agua , lo qual viendolo Don Quijote , le daba voces , diciendo : Hijo Sancho , no lo bebas , que te matará : ves aqui tengo el santísimo balsamo (y enseñábale la alcuza del brevage) que con dos gotas que de él bebas , sanarás sin duda. A estas voces bolvió Sancho la vista , y dijo con otras mayores : Por dicha , hasele olvidado à Vm. como yo no soy Caballero , ó quiere , que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de á noche ? Guardese su licor con todos los diablos , y déjeme à mí. Dió de los carcaños à su asno , y abriéndole la puerta de la Venta , se salió de ella muy contento por no haver pagado , aunque havia sido à costa de sus espaldas. Verdad es , que el Ventero se quedó con sus alforjas , en pago de lo que se le debia , y Sancho no las echó menos segun salió turbado.

Llegó Sancho à su amo marchito , y desmayado , tanto , que no podia arrear su jumento. Quando así le vió Don Quijote , le dijo : Ahora acabo de creer , Sancho bueno ,
que

que aquel Castillo , ò Venta es encantado sin duda ; por-
 que aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo con-
 tigo , qué podian ser sino fantasmas , y gente del otro mun-
 do ? Y confirmo esto ; porque quando estaba por las bar-
 das del corral mirando los actos de tu triste tragedia , no
 me fue posible subir por ellas , ni menos pude apear-me del
 Rocinante , porque me debian de tener encantado ; que te
 juro por la fe de quien soy , que si pudiera subir , y apear-
 me , que yo te huviera vengado , de manera , que aquellos
 follones , y malandrines se acordàran de la burla para
 siempre. Tambien me vengàra yo , dijo Sancho , si pudie-
 ra , fuera , ó no fuera armado Caballero ; pero no pude ,
 aunque tengo para mí , que aquellos que se holgaron con-
 migo no eran fantasmas , ni hombres encantados , como
 Vm. me dice , sino hombres de carne , y hueso como noso-
 tros ; y asi , señor , el no poder saltar las bardas del corral ,
 ni poderse apear , en él estuvo , que no en encantamien-
 tos : y lo que yo saco en limpio de todo esto es , que to-
 das estas aventuras que andamos buscando , al cabo , al
 cabo nos han de traer à tantas desventuras , que no sepa-
 mos qual sea nuestro pie derecho : y lo que sería mejor , y
 mas acertado , segun mi poco entendimiento , fuera el
 bolvernòs à nuestro Lugar , ahora que es tiempo de la sie-
 ga , y de entender en la hacienda , dejandonos de andar de
 ceca en meca , y de zoca en colodra , como dicen.

Qué poco sabes, Sancho, respondiò D. Quijote, de acha-
 ques de Caballería : calla , y ten paciencia , que dia vendrà
 en que veas por vista de ojos , quan honrosa cosa es andar
 en este ejercicio. Si no , dime : qué mayor contento puede
 haver en el mundo como el vencer una batalla , y el triun-
 far de un enemigo ? Ninguno sin duda alguna. Asi debe de
 ser , respondiò Sancho , puesto que yo no lo sé ; solo sé ,
 que despues que somos Caballeros Andantes , ó Vm. lo es,

ja-

jamás hemos vencido batalla alguna , sino la del Vizcaíno , y aun de aquella salió Vm. con media oreja , y media celada menos , que despues acá todo ha sido palos y mas palos , puñadas y mas puñadas , llevando yo de ventaja el manteamiento. Ea Sancho , consuelate , dijo Don Quijote , que de aqui adelante lo hará mejor el Cielo contigo.

En estos coloquios iban Don Quijote , y su Escudero , quando vió aquel , que por el camino que iban venia ácia ellos una grande , y espesa polvareda , y en viendola se bolvió á Sancho , y le dijo : Este es el dia , ó Sancho , en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte , y en que se ha de mostrar el valor de mi brazo , haciendo obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvareda que alli se levanta , Sancho ? Pues toda es quajada de un copiosísimo Ejercito , que de diversas , é innumerables gentes por alli vienen marchando. A esa quenta dos deben de ser , dijo Sancho ; porque de esta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Bolvió á mirarlo Don Quijote , y vió , que asi era verdad , y alegrandose sobre manera , pensó sin duda alguna , que eran dos Ejercitos que venian á investirse : mas toda aquella polvareda la levantaban dos grandes manadas de ovejas , y carneros , los quales no se echaban de ver por el polvo. Pero con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran Ejercitos , que Sancho lo vino á creer , y decirle : Señor , pues qué hemos de hacer nosotros ? Qué ? dijo Don Quijote : favorecer , y ayudar á los menesterosos , y desvalidos. Y has de saber , Sancho , que este que viene por nuestra frente le conduce , y guia el grande Emperador Alifanfarron , Señor de la grande Isla Trapobana. Este otro que á mis espaldas marcha es de el su enemigo el Rey de los Garamantas , Pentapolin del arremangado brazo ,

C

por-

porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

Pues por qué se quieren tan mal estos dos Señores? preguntó Sancho. Quierense mal, respondió Don Quijote, porque este Alifanfarron es un furibundo Pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa, y además agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey Pagano si no deja primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se buelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, sino hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiese. En eso harás lo que debes, dijo Don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado Caballero. Bien se me alcanza ese, respondió Sancho; pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega? Porque entrar en ella en semejante caballería, no creo, que está en uso hasta ahora. Asi es verdad, dijo D. Quijote: lo que puedes hacer de él es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda, ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Para ver mejor á los dos Ejercitos imaginados se retiraron á un alto, y desde alli empezó Don Quijote á darle cuenta á Sancho de los Caballeros que venian en uno y otro Ejercito con suma individuacion, diciendole: Ves aquel que alli se descubre vestido de color tal, y con las armas quales, es fulano: el otro es zutano; y asi fue haciendo una relacion disparatada, y que no havia, de quantos se le venian, y representaban á su loca imaginacion.

Yá iban llegando mas cerca de ellos las dos mandas de ovejas, que con el polvo no se percibian, y Don Quijote refiriendo á Sancho los Caballeros que alli venian,

Y

y los Gigantes de luengos brazos , con otros disparates estraños que no havia : quando Sancho , hecho todo cejas por ver lo que su señor le decia , prorumpió , y dijo: Señor , encomiendo al diablo , hombre , ni Gigante , ni Caballeros de quantos Vm. dice , parece por todo esto : á lo menos, yo no los veo : quizá debe de ser encantamiento como las fantasmas de anoche. Cómo dices eso ? respondió Don Quijote. No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines , y el ruido de los atambores ? No oigo otra cosa , respondió Sancho Panza, sino muchos validos de ovejas , y carneros ; y asi era la verdad , porque yá llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dijo Don Quijote , te hace Sancho , que ni veas , ni oigas á derechas : y si es , que tanto temes , retirate á una parte , y dejame solo , que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda : y diciendo esto , puso espuelas al Rocinante , y puesta la lanza en el ristre , bajó del alto como un rayo.

Yá llegó Sancho á divisar claramente los rebaños de ovejas , y empezó á dar voces á D. Quijote , diciendole: Buelvase Vm. señor , que voto á Dios que son carneros , y ovejas las que va á investir. Desdichado del padre que me engendró ! Qué locura es esta ? Mire , que no hay Gigante , ni Caballero alguno , ni gatos , ni armas , ni escudos partidos, ni enteros , ni velos azules , ni endiablados, como Vm. decia : qué es lo que hace ? Pecador soy yo á Dios ! Ni por esas bolvió Don Quijote , antes en altas voces iba diciendo : Ea Caballeros , los que seguís , y militais debajo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo , seguidme todos , veréis quan facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarron de la Trapobana : esto diciendo , se entró por medio del esquadron de las ovejas , y comenzó de alanceallas con tan-

to corage , y denuedo , como si de veras alanceára á sus mortales enemigos. Los pastores , y ganaderos que con la manada venian , dabanle voces , que no hiciese aquello : pero viendo , que no aprovechaban , descñeronse las hondas , y comenzaron á saludarle los oidos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras ; antes discurriendo á todas partes , decia : Adónde estás sobervio Alifanfarron ? Vente à mí , que un Caballero solo soy , que desea de solo à solo probar tus fuerzas , y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo , y dandole en un lado , le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viendose tan mal trecho , creyó sin duda , que estaba muerto , ó mal ferido ; y acordandose de su licor , sacó su alcuza , y pusosela à la boca , y comenzó à echar licor en el estomago : mas antes que acabase de envasar lo que à él le parecia que era bastante , llegó otra almendra , y dióle en la mano , y en la alcuza tan de lleno , que se la hizo pedazos , llevandole de camino tres ó quatro dientes , y muelas de la boca , y machucandole malamente dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero , y tal el segundo , que le fue forzoso al pobre Caballero dar consigo del caballo abajo. Llegaronse à él los pastores , y creyeron que le havian muerto ; y asi , con mucha priesa recogieron su ganado , y cargaron de las reses muertas , que pasaban de siete , y sin averiguar otra cosa , se fueron.

Estabase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia , y arrancabase las barbas , maldiciendo la hora , y el punto en que la fortuna se le havia dado á conocer. Viendole , pues , caído en el suelo , y que yá los pastores se havian ido , bajó de la cuesta , y llegóse á él , que le halló de muy mal arte ,

aun-

aunque no havia perdido el sentido, y dijole: No le decia yo, señor Don Quijote, que se bolviese, que los que iba á acometer no eran Ejercitos, sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer, y contrahacer aquel ladrón del Sabio, mi enemigo. Sabete Sancho, que este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió, que yo havia de alcanzar de esta batalla, ha buuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas; y si no, haz una cosa Sancho por mi vida, porque te desengañes, y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y si guelos bonitamente, y verás como en alejandose de aqui se buelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos, y derechos, como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda, y favor. Llegate á mí, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece, que no me ha quedado ninguna en la boca.

Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fue á tiempo que yá havia obrado el bálamo en el estomago de D. Quijote; y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo Escudero. Santa Maria, dijo Sancho, y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor, y olor, que no era sangre, sino el bálamo de la alcuza, que él le havia visto beber; y fue tanto el asco que tomó, que reboviendosele el estomago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo; y como no las halló estuvo á punto de perder el juicio. Maldi-

dijose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar á su amo, y bolverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido, y las esperanzas del Gobierno de la prometida Insula.

Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, se fue donde estaba su Escudero de pechos sobre su asno, triste, y pensativo. Viendole D. Quijote con tanta tristeza, le dijo: Sabete Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro. Todas estas borrasacas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible, que el bien, y el mal sean durables: y de aqui se sigue, que haviendo durado mucho el mal, el bien está yá cerca. Asi que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte de ellas. Cómo no? respondió Sancho: por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? Y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? Y lo peor es, que no tenemos que comer, que es la mayor desdicha. A esto dijo Don Quijote: Sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente trás mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renaquajos del agua; y es tan piadoso, que hace salir su Sol sobre buenos, y malos, y llueve sobre justos, é injustos.

Mas bueno era Vm. dijo Sancho, para Predicador, que para Caballero Andante. De todo sabian, y han de saber los Caballeros Andantes, Sancho, dijo Don Quijote. Ahora bien, respondió Sancho, sea asi como Vm. me dice: vamos ahora de aqui, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios, que sea en parte donde no haya

man-

mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados, que si los hay daré al diablo el hato, y el garabato. Pideselo tu á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guia tu por donde quisieres: pero tientame con el dedo, y mira bien quantos dientes, y muelas me faltan de este lado derecho. Metió Sancho los dedos, y estandole atendiendo, le dijo: Quántas muelas solia Vm. tener en esta parte? Quatro, ó cinco, respondió Don Quijote. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no hay mas que dos muelas y media, y en la de arriba ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sintiólo mucho Don Quijote, y dijo: A todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha Orden de Caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré. Caminaban poco á poco, porque el dolor de las quijadas no le dejaba sosegar al buen Don Quijote, y Sancho le iba divirtiéndolo con algunos cuentos que se dirán en la Tertulia siguiente.

Como los disparates, y locuras de Don Quijote que aquella noche se havian contado fueron tantas, y tan divertidas, divirtieron mucho á los Tertulios, y quisieran, que el Medico prosiguiera: pero como yá se cansaba, les dijo, que bueno era lo dicho por aquella noche, que si todos los disparates de Don Quijote se decian entonces, no havria materia con que reír en adelante; y así, que él supliría, con la ayuda de los demás, con algunos chistes lo que restaba de tiempo; por lo que les dijo le estuviesen atentos á un chistoso cuento, que les iba á reférir de un novio zeloso, y una novia boba.

Huvo en la Ciudad de Granada un Caballero, que de puro sabidor de travesuras de mugeres, andaba tímido, y receloso en casarse. No ponía los ojos en Dama alguna, que no descubriese en ella algun defecto grave de deshonor, especialmente en aquellas, que sobre hermosas, eran agu-

agudas , y discretas. Esto le traía bastantemente inquieto , hasta que se determinó á buscar una que fuese hermosa , pero sencilla , y que no supiese de mundo , que en buenos terminos , era buscarla hermosa , pero boba. Conseguiólo por ultimo : dieronle parte de una Dama de diez y seis á diez y ocho años , que de edad de quatro años estaba recogida en un Convento de Monjas. Era tan simple , y pacata , que aun no sabia qué era casarse , hasta que sus deuidos se lo dijeron , que la tenian dispuesto un casamiento con un Caballero de lo mejor de Granada. Dispúsose la boda , salió del Convento , admirando los ojos su hermosura , y su simplicidad los sentidos. Yá concluidos los banquetes , y regocijos de aquella noche , y despedidos todos los convidados , como tambien recogida toda la familia , se retiró el novio con la novia á su retrete , ó alcoba ; y queriendo examinar la ignorancia de su esposa , la dijo : Señora mia , yá sois mi muger , conviene , que hagais lo que ahora os diré , y este estilo guardareis siempre : lo uno , porque no ofendais á Dios ; y lo otro , para que no me deis disgusto. Sabeis , la dijo , la vida de los casados ? Yo , señor , no la sé , dijo la novia : decidmela , que yo la aprenderé como la Ave Maria. Muy contento el novio con su simplicidad , sacó luego unas armas , y la vistió de peto , espaldar , gola , y brazaletes , y poniéndola en la mano una lanza , la dijo : Que la vida de los casados era , que mientras él dormia la havia ella de velar , paseandose por aquella sala. Hizolo asi la Dama tonta ; y él haviendo dormido toda la noche , por la mañana se levantó , y acostandose ella , dormió hasta cerca del medio dia. Asi lo ejecutaba todas las noches la buena , y sencilla señora , hasta que de alli á unos quantos dias fuele preciso á su marido haver de pasar á Madrid á cierta urgente diligencia ; y al tiempo de partirse la encomendó observase

to-

todas las noches esto mismo , como si él estuviese en casa , y acostado en su cama. Hizolo asi puntualmente. Aconteció , que otro Caballero forastero , paseando las calles de Granada , acertó á verla haciendo labor en un balcon de su casa , y enamorado de su mucha hermosura , pretendió como solicitarla. Valióse de una vecina de la Dama muy ladina , y manifestandose con ella , la declaró sus malos deseos. Esta infame muger le dijo , que descuidase , que ella haria como lograrse su hermosura. Fuese á estar con esta buena señora ; y despues de haverla enca- recido su mucha belleza , la dijo : *Como havia un Caballero en la Ciudad que la estimaba mucho , y deseaba ser su esclavo , y servirla. Mas la Dama tonta , como no sabia las leyes de los enamorados , respondió : Yo se lo agradezco mucho el que me quiera : pero en quanto á ser mi esclavo , eso no puede ser ; porque asi mi marido , como yo no gustamos de esclavos para servirnos. Si fuera para criado , yá es otra cosa ; mas ahora tengo muchos criados , y hasta que se vaya alguno , no podré cumplir su deseo ; aunque si quiere que yo se lo escriba á mi ma- rido , él por darme gusto , podrá ser que lo reciba. Que no* señora , dijo la astuta tercera , conociendo su simplicidad : has de saber , que este Caballero que tanto os quiere es muy noble , tiene mucha hacienda , y no quiere , que le recibais para esclavo , ni criado , sino serviros con muchos haberes , si le quereis mandar , que os envíe alguna joya , ó regalo. *Ay amiga , dijo entonces la Dama : no necesito regalos , que gracias á Dios no me falta que comer , y con abundancia , todo lo que quiero ; y eso de joyas , tengo yo tantas , que muchas veces no sé donde ponerlas. No podia entrarla la mala de la muger por ninguna parte , hasta que yá se resolvió á decirla : Pues , señora , yá que no quereis , que que os envíe nada , dadle por lo menos licencia para que*

D

os

os visite, que lo desea mucho. *Venga en hora buena*, dijo la boba señora, *quién se lo quita?* Mas es preciso, que de venir á veros sea con cautela, porque si le ven los criados venir publicamente, lo llevarán á mal. *No sé*, replicó la Dama, *que haya embarazo para que venga á vista de mis criados: pero no obstante, dadle esa llave de la puerta falsa de mi jardin, y que entre de noche á la hora que todos están recogidos, que en mi quarto me hallará sola.* Con esto se fue la infame tercera muy alegre, y contó al Caballero todo lo dicho, dandole la llave. A la noche siguiente se fue á deshora, y abriendo la puerta del jardin, y otras que havia hasta el quarto de la Dama, con la misma llave, fue lo mismo asomar á su quarto, que verla armada, y con su lanza, paseandose en aquella pieza, haciendo la vida de los casados, segun su marido se lo havia ordenado. El Caballero quedó pasmado, y receloso de alguna burla, ó traycion, se salió pronto, y se fue á su posada. Al dia siguiente dió quenta á su tercera del suceso; y ésta pasó luego á ver la Dama, la qual la preguntó luego, cómo no havia venido aquel Caballero, que sin duda debia estar malo. *Sí vino, señora mia, pero dice que halló en vuestro quarto un hombre armado, que con una lanza se paseaba por la sala.* *Ay Dios*, dijo la Dama tonta, riendose muy de gana, *no vé, que soy yo, que hago la vida de los casados? Ese señor no debe de ser casado, pues pensó, que era hombre: digale, que no tenga miedo, que como digo, soy yo.* Tornó con esta respuesta la tercera á su Caballero: el qual la siguiente noche fue á ver á su Dama. Encontróla del mismo modo que la noche antecedente, y la preguntó la causa. Ella respondió riendose: *Pues cómo tengo de andar sino de esta suerte para hacen la vida de los casados?* *Qué vida de casados?* respondió el Caballero: mirad, que es-

estais engañada, que la vida de los casados no es esta. *Pues, señor, esta es,* dijo la Dama, *la que me enseñó mi marido: mas si vos sabeis otra mas facil, me bolgaré de saberla, porque esta que hago es muy cansada, y me molesta mucho.* No quiso oír mas el picaron del Caballero; y al ver la simpleza de la Dama, la empezó á quitar las armas, y á desnudarla él mismo, y logró lo que el necio marido havia dilatado por hacer prueba de la inocencia de su muger. Con esta vida pasaron todo el tiempo que estuvo su marido en la Corte, que haviendo concluido los negocios, escribió á su muger que venia. Luego que lo supo el taymado Caballero, dejó de ir á la casa de la Dama tonta, y se ausentó de Granada, riendo la simplicidad de la Dama, y la necesidad de su marido. Llegó éste á su casa, y fue recibido de su muger con mucho gusto, porque no tenia sentimiento, como no tenia discrecion; y manifestó mas su simpleza con lo chistoso que aconteció aquella noche. Cenaron juntos; y como se acostase su marido, quando pensó, que su esposa se estaba armando para hacer la vida de los casados, segun se lo tenia ordenado, la vió venir desnuda para meterse con él en la cama. Entonces, viendo la novedad, la dijo: *Pues qué, no haceis la vida de los casados?* *Andad señor,* dijo la Dama: *qué vida de casados, y qué nada? harto mejor me iba á mí con el otro marido.* Pues qué, replicó su esposo, haveis tenido otro marido? *Si señor,* dijo la Dama tonta: *despues que os fuisteis vino otro marido tan galan, y tan lindo, que me dijo como él me enseñaria otra vida de casados mejor que la vuestra.* Y en fin, contóle quanto la havia pasado con él. Quedó confundido, y desesperado el buen hombre con tanta simpleza, y sencillez. Preguntóla, cómo se llamaba ese marido, y de dónde era? A que respondió: *Yo no os lo*

sabré decir , porque yo solo le llamaba otro marido , y él jamás me quiso decir su nombre , y Patria. Mas viendo , que yá no havia remedio , disimuló su desdicha , echandose él á sí la culpa de su desgracia por su falsa opinion : que si en las discretas son malas pruebas , qué pensaba sacar de las necias?

Este cuento divirtió mucho á los Tertulios por lo extraño , y no menos por la necedad de estos dos casados : el uno en su opinion recelosa , y el otro en su simplicidad tonta ; y luego el Barbero empezó à estreñarse con otro chiste en la Tertulia , que fue uno que le aconteció á él en Madrid quando estaba de mancebo en una tienda , que fue el siguiente.

Puso un picaron de los muchos que hay en este Lugar unos carteles en que publicaba : *Que el que quisiese ver un caballo con la cola donde havia de tener la cabeza , y la cabeza donde havia de tener la cola , acudiese á su casa á la Red de San Luis , que se enseñaria , dando de entrada dos quartos.* Dispuso el truhan , que cada persona entrase sola , y de por sí sin compañero. Tenia al caballo en la caballeriza , atado de la cola al pesebre. Entraba uno á ver la maravilla , y deciale el picaron : *Vea Vm. como este caballo tiene la cola donde debia de estar la cabeza sobre el pesebre , y la cabeza atrás donde debia estar la cola.* El pobre hombre , ó muger , que se hallaba con aquella grande friolera , quedaba pasmado , y sin acertar à decirle palabra ; y lo mas que hacia , era echarlo á risa , y donayre , dando por bien empleados los dos quartos de entrada ; y por no ser sonrojado callaba como un puto , para que los demás cayesen tambien en el engaño , diciendo entre sí : *Mal de muchos consuelo de bobos.* El picaron del tramoyista lo celebraba con él , y le decia

cia se saliese por otra puerta falsa para no ser sonrojado de los que se lo preguntasen ; mas los mas decian, que no havia inconveniente en lo que ello real, y verdaderamente era, que era *tener el caballo la cola donde havia de tener la cabeza, y la cabeza donde havia de tener la cola*. El truhan, despues que sacó buenos quartos á los curiosos, montó en su caballo, y jamás fue visto, ni encontrado.

De repente se dispuso á contar otro entre tanto que los Tertulios reían la truhanada. Hizoles callar, y les dijo, como en la Ciudad de Burgos hubo un loco muy gracioso. Este havia hecho no sé qué fechoria, y el Corregidor dió orden á los Alguaciles para que le prendiesen. Encontraronle en la plazuela del mercado : llegaronse á él, y le dijeron, como mandaba el Señor Corregidor, *que le llevasen preso*. Luego que oyó el mandato el loco se echó en el suelo sin hablar palabra. Los Alguaciles le decian : Vamos, venga preso; pues manda el señor Corregidor que te llevemos á la carcel. El loco no decia otra cosa, sino, *Hagan ustedes su deber*. Bolvian á instar los Alguaciles; pero él lo mas que se le oía era : *Yá les he dicho, que hagan su deber, y cumplan el mandato del señor Corregidor*. No adelantaban nada los Alguaciles, porque el loco nada se movia; hasta que yá enfadado les dijo : *Majaderos, por qué no cumplís con las ordenanzas de vuestro oficio, segun y como os las ordena el señor Corregidor? Vive quien vive, que he de dar querella contra vosotros*. Y dicho esto, se bolvia á echar en el suelo. Los Alguaciles fueron á dar parte al Corregidor como el loco se resistia á la Justicia, y no queria darse preso, porque se havia echado en el suelo, y asi quedaba sin quererse levantar. Fue allí

allá el Correjidor, y luego que el loco le vió, se levantó, y se puso de rodillas à besarle la mano. El Correjidor le dijo: Cómo os resistís á la Justicia? *Es falso, señor, dijo el loco. Pues así me lo han dicho los Alguaciles. Qué importa, señor Correjidor, que estos Alguaciles son unos mentecatos, que no saben las obligaciones de su oficio. V. S. les mandó, que me llevasen preso: ahí he estado como un asno echado en la calle, sin haverme querido llevar. Yo bien me hubiera ido con ellos; pero temí faltar á las ordenes de V. S. que eran el que me llevasen: y tan tontos han sido, que no han querido cargar conmigo.* El Correjidor lo echó á risa, mandando, que le dejasen, y se bolvió celebrando su locura.

Mucho gustó el chiste del loco, y la gracia con que lo contaba el Barbero: quiso proseguir con otros; pero los demás, que tambien querian holgarse, y ser celebrados, le dijeron: No es cosa de eso, señor Cirujano, que los demás tambien queremos holgarnos. El tio Pellejero, que dijo estas razones, se ofreció con dos cuentos á concluir la Tertulia, y dijo:

Estaba sentado á la reja de un quarto bajo de la parte de adentro, en Madrid, un Caballero Andaluz muy gracioso: pasó un hijo de la Villa muy petimetre, y adorado, de aquellos que gastan las horas enteras al tocador, como la mas sobresaliente Dama de la Corte. Iba acompañando á dos Damiselas, hecho todo una jaléa, con mil ademanes, haciendo muy de majo con su cacho de mondadientes, cuya punta descubria vano por debajo de la capa, que á todos los del paseo causaba risa, y á él, como tonto, mucha inflacion, y fanfarronada. Dijo el Andaluz: *A Dios, Reynas mías: quieren Vms. que las sirva, y acompañe?* Bolvió

vió la cara el adamado Escudero, y dijo con su poco de valadronada: *No vé, señor mio, que van conmigo?* El Andaluz, que era picaron de raza, respondió: *Pues por qué es ese enojo señor mio? Yo con todos hablo: la comitiva toda es de Damas, y yo, á ley de Caballero, me ofrezco á servir á todas. Tiene Vm. mas que decir sobre el suceso?* Quedó corrido el adamado petimetre, y los que lo oyeron, celebrando la chungonada del Andaluz.

Sin dar lugar á reír el gracioso chiste, salió con otro mas chistoso el tio Pellejero de un Cura Gallego. Havia en una Feligresía de Galicia un Cura, no de muchos alcances. En los dias de fiesta tenia por costumbre explicar á sus Feligreses al Ofertorio de la Misa el Evangelio. Ocurrió en la Dominica Quarta de Quaresma la explicacion de los Panes, y Peces con que nuestro Redentor mantuvo á cinco mil hombres con solo cinco Panes, y dos Peces. Bolvióse al Pueblo, y dijo: *Eu Evangelio de este dia se reduce, ó meos amados Feligreses á un milagriño dos muytos que noso Redentor obrou en el mundo, que foy no menos, que manteer cinco homes, sin las mulleres, é fillos, con cinco mil panes, é duos mil peces.* Luego que oyó este disparate el herrero del Lugar, dijo á los que estaban con él: *Da istos milagriños eu facera muytos.* No faltó quien dió aviso al Cura de lo que el herrero havia dicho; y al Domingo siguiente le retrucó de esta manera. Avistó lo primero ácia donde estaba el herrero, y empezó su plática, diciendo: *Eu Domiño pasado dise, como noso Redentor mantuvo con cinco mil panes, é duos mil peces á cinco homes, sin las mulleres, é fillos. Equivoqueime: mas aboira digo, como noso Redentor mantuvo con cinco panes, y duos peces cinco mil homes,*
sin

sin las mulleres, é fillos. Y bolviendose al herrero, le dijo: E tees algo que decir contra isto ferreriño de Mer. Sei que sei, que te tees por sabidor: mellor fora, que foras mellor ferreiro, é non tan mal chapuceiro.

El chiste fue celebrado por extremo, y fue causa, que se deshiciese la Tertulia, levantandose todos de sus asientos sin poder contener la risa: y así, alegres, y risueños se fueron á sus casas hasta la noche siguiente.

F I N.

